

del asunto ofertó (Banco de España, junio 1982): «Mis materiales están a la disposición de quien quiera y sepa publicarlos». ¿Por qué no cumplir su voluntad; reunir todo lo elaborado y por elaborar y publicarlo, cual investigación inacabada, para ejemplo y socorro de investigadores dispuestos a portear la antorcha?

Aún hubo otra investigación más, abandonado el proyecto de los dineros papales y concluida *Galería de Raros*, cuando con 96 años y aprovechando unos días de playa en Cádiz, como el que se hace un crucigrama se fue, por no perder la costumbre, a investigar al Archivo Municipal. Sus cuadernos de la ocasión rotulan el título *Cádiz, escuelas*. Allí se sigue la huella de Pestalozzi, también y no desfavorablemente cual es de rigor, la de Godoy, y el surco de unas prometedoras iniciativas ilustradas, reliquia al cabo de cierto estertor colonial. Parece evidente que estos trabajos, de los que sólo llegó a redactar seis folios o poco más, pero que constan de cuatro o cinco cuadernos de apretada letra, aún firme, en ascendente línea a la derecha, cual mejor pudieran lucir, como muestra de su soterrado alcance, serían publicados, transcritos, simplemente, en su integridad.

La escuela y la universidad sin cerrar las puertas a estudios tecnológicos no deben olvidar la cimentación de la vida moral, y del examen y el culto a la naturaleza y el aprendizaje de la biología, de los escolares...

Escribe en otro cuaderno bajo el título actualísimo de *Crisis de la educación*. El tema de la educación, y de las escuelas, no dejó nunca de inquietarle. Dentro de un sobre encuentro una cuartilla doblada:

De la *educación*. Lo que podríamos denominar *economía de la educación*, y que bien podría ser su estudio lema propio de una universidad, estival o no. Me refiero, claro está, al desarrollo armonioso y fecundo de la educación, clave de nuestro comportamiento en nuestras relaciones con los demás; cosa tan íntima e intransferible como lo es el poder comprobar continuamente cada uno, cada individuo, que lleva consigo *al otro*; que formamos parte de él y le debemos amor, con entrañable solidaridad. Además de ser clave, que todo lo descifra, la economía de la educación, es luz que nos guía, nos conduce y es manantial de recreo y de gozo, tanto en el *ocio* como en el *negocio* y es además testimonio de nuestra responsabilidad, de nuestra solvencia, de nuestra veracidad. Casi me atrevo a decir, requisito previo de nuestra *autonomía*, palabra esta muy repetida ahora, en cuyo profundo sentido acaso no hayamos reparado bastante, si pensáramos —y así se ha dicho— que es un privilegio, y olvidáramos que presupone, exige, una tarea ingente únicamente realizable con denodada solidaridad.

No tiene fecha. Por la grafía puede ser de finales, principios, década 70/80.

Sobre oposiciones *reñidas* como las adjetivaba con sorna escribió artículo para cierta revista que ésta le devolvió, sin publicarlo, excusándose. Se conserva. Otro sobre guarda otro texto en cuartillas, con citas de Inama, von Below y Curtius, y el perentorio subrayado, «Historia, ¡estructuras!» también sobre la *esencia y misión de la Universidad*.

Con distintos trabajos y artículos que no incluyó en los volúmenes publicados, algunos simplemente, como reconocía, porque no daba con ellos, se podría reunir una serie más de estudios de Historia de España. En 1952 dio una conferencia, *De la economía de paz a la economía de guerra* en Capitanía General de Sevilla, y otra sobre Keynes en el Instituto Británico.

Doce de sus cuadernos de trabajo contienen sus clases, redactadas con anterioridad, preparadas con esmero, tanto de Economía Política como de Hacienda Pública, al re-

greso a su cátedra sevillana en 1945. En ellos se puede apreciar la satisfacción que a aquel docente embargaba de poder volver a sus alumnos, y el interés que tienen, dado el detalle con que se recogen, tales lecciones, todo un curso completo de ambas asignaturas, debidas a su pluma.

Hay mucho que hacer con su legado, importante, hasta llegar a conseguir lo que Josep Fontana pronosticó, «hasta hoy la obra de Carande ha pertenecido a los especialistas, a los historiadores; mañana pertenecerá a todos». Pero no se puede ir, apresuradamente, por la obra de un hombre que caminó, pausado y seguro, durante 99 años.

Algún día tendré que escribir, lo comprendo, su biografía. Sé muchas cosas de él, las que sólo tengo, si me atrevo a ello, que recordar, para contarlas. Cosas insospechadas, humanas, inquietantes. Las de la enorme cantidad de ser que tenía su manera de ser. Pero también, desde la franqueza que dan tantos años pasados a su lado, se me permite conocer que el Ramón Carande alcanzado por mí, cuando yo comienzo a enterarme de algo, cuenta ya 53 años de edad; ha vivido antes toda una vida. Si a ello sumamos esas 3.000 fichas, todo ese material perdido infaustamente sobre los Trastámara, más los 25 años que dedicara a Carlos V y toda esta obra inédita o reeditable que, a grandes rasgos, he enumerado ya, parece estar lo suficientemente claro, para poderse decir en una biblioteca nacional, donde copió íntegra la *Relación de los corregidores de Castilla acerca del remedio para la conservación de labranza y crianza*, manuscrito n.º 9.372 y el *Cuaderno sobre ganadería* de Floranes, manuscrito n.º 11.264, en este «mar sin fondo» de Rodríguez-Moñino, que ese ser humano conocido en su DNI, en su nombradía y en su lápida cual Ramón Carande Thovar, fue también un noble, entrañable y hermoso gigante. E igualmente se puede aventurar que la continuidad de su discurso está asegurada y con ella la pervivencia de su manera de ser, su manera de hacer y de su pensamiento, sin atreverse uno a medir cuál va a ser el alcance de influjo o fascinación en las personas que aún no le han leído, que aún no lo conocen, cuando lo conozcan.

Se ha contratado ya la edición italiana (Marietti, Génova) de *Carlos V y sus banqueros*; se prepara en Barcelona (Crítica, Grijalbo) su tercera edición, corregida y completa, en tres tomos y cual novedad. Espasa/Calpe en su colección Austral publica sus *Recuerdos de mi infancia*. Y a estos títulos van a seguir más.

(En *Biblioteca Nacional*, Madrid, 6-5-1987)

El 6 de mayo de 1987, en Madrid, Biblioteca Nacional, me referí a la *factible*, por aquellas fechas, *continuidad del discurso* de Ramón Carande. Allí contaba cómo «tras recorrer sólo someramente —entonces— y ordenar, inicialmente —entonces— 149 cuadernos de muy distintos tamaños, algunos hasta de 500 páginas... de sus escritos y revisar, algo más que por encima, no del todo, fichas, carpetas y archivadores» se podía entender que había toda una parte de su obra ignorada y digna de darse a conocer. Hoy, dos años después de su muerte y año y medio más tarde de aquel acto, este otro acto y algunos hechos significativos acaecidos, como el muy reciente de la creación, aquí en Sevilla, de una asociación universitaria «Ramón Carande» promovida por los mismos estudiantes, que próximamente dará fe de vida, nos dicen que el nombre de aquel

«maestro de historiadores, discípulo de la vida y hombre esencial a quien nada le fue ajeno» (según las certeras palabras de Juan Gil que lo glosan en el azulejo municipal de su casa de Álvarez Quintero), el nombre, la lección, el ejemplo, la manera de ser y el mensaje de aquel hombre, siguen estando en la cresta de su vigencia. Nos puede seguir inundando, felizmente, su blanca estela.

De entonces acá, publicados sus recuerdos de infancia en la colección Seleccionales Austral de Espasa/Calpe, la 3.^a edición de *Carlos V y sus banqueros* en Crítica, *Carlo V e i suoi banchieri* en Marietti, corregidas terceras pruebas o sea de inminente aparición su *Galería de amigos* en Alianza Tres (donde figuran todos estos sevillanos: Norberto Almandoz, Ángel Ferrari, Diego Martínez Barrio, Enrique Otte, Joaquín Romero Murube, José Sopeña Boncompte o el cardenal Segura...), e iniciada la impresión del primer volumen de una serie de cuatro de sus *Estudios* por la citada editorial Crítica, sin olvidar la edición de ese entrañable *Viaje a Turquía (Grecia e Italia) con Ramón Carande* escrito por María Rosa de la Torre Millares, su viuda, mi madre, se puede aseverar, como en mayo de 1987 sólo parecía factible, que la continuidad de su discurso es un hecho.

Hoy, ordenados, repasados, releídos y, ¿cómo no?, admirados sus papeles, sus carpetas, sus cuadernos y sus fichas, puedo hablar de un plan de edición de su obra, éditada o inédita, perseverando en la intención, la loable y justificadísima intención de un escritor, de que se lean sus escritos. Le sigo escuchando, «en vez de tanto agasajo... ¿por qué no se leen mis libros?» En sus libros, en su obra, se encuentra su legado y éste, por el empeño, la calidad y la cantidad de lo que contiene es de hecho aleccionador.

La serie de *Estudios* recoge: el primero, sus catorce de Historia de España; el segundo, los sevillanos, no sólo *Sevilla, fortaleza y mercado*, también discursos, prólogos, artículos (¿quién no recuerda aquel último suyo, aparecido en *El País*, como una despedida, «El hundimiento de una bóveda», recogiendo el suceso de la bóveda que se hundió sobre un Archivo?)... más una lección que dio en esta ciudad (1948) cuando la conmemoración de su conquista, y sobre su identidad hispano-musulmana, y una lectura crítica, rigurosa y exultante a la vez, de los libros sevillanos de Ruth Pike; el tercero, *La sonrisa de la esfinge y otros escritos económicos*, contiene un curso dado en La Rábida (1945) de seis lecciones sobre Quesnay y la fisiocracia, inédito también, y otros trabajos sobre el Banco de Inglaterra, Keynes, De Roover, Oxford, paz, guerra... Y el cuarto, *De historia, historiadores y Alemania*, en el título dice lo que incluye, mucho de ello igualmente inédito, lo demás disperso por inencontrables revistas. También un *Libro de viajes*, recuerdos, diarios o cartas desde su amada Europa (incluida España), saldrá en el Departamento de Publicaciones de la Diputación Provincial de Badajoz. Y este número monográfico, muy nutrido, de *Cuadernos Hispanoamericanos*, dedicado a él. Más otro de la revista *De Hacienda Pública Española* del Instituto de Estudios Fiscales.

Pero hay más, me he referido a su manera de leer. Con sus lecturas, ejemplares, se podría conjuntar algún que otro tomo, antes de llegar al magno capítulo de su correspondencia, el que un día habrá que abarcar, treinta y tantos archivadores repletos —no en balde fue cartero honorario— de su correspondencia con Jorge Guillén, Marcel Bataillon, Luis García de Valdeavellano, Claudio Sánchez Albornoz, Natalia Cossío, Fer-

nand Braudel, Federico Melis, Henry Lapeyre... Por citar sólo los que comparten su ausencia. De las cartas de Ramón Carande a los tres primeros ya se tiene copia. También se conservan de su puño y letra —todo lo que escribía lo escribía a mano; menos mal que con tinta... verde— completos, un curso de Historia de la Economía dado en Madrid en 1932, otro de Economía Política (Sevilla, 1945) y otro de Hacienda Pública del mismo año, su reingreso en la cátedra. Volvía y quería volver bien preparado. Escribió, una a una, sus lecciones.

Aún hay más, modélicos cuadernos de trabajo de arrebataadora entidad propia (uno de ellos se llama *Veritas vincit*), investigaciones inacabadas (*Los dineros de San Pedro, Cádiz, escuelas...*).

En Madrid (Banco de España, junio 1982) dijo: «Mis materiales están a la disposición de quien quiera y sepa publicarlos...» ¿Por qué no cumplir su voluntad, reunir todo lo elaborado y por elaborar y publicarlo, para ayuda del investigador siguiente?, pregunté; y ahora lo sigo preguntando.

Es un hecho, decía, la continuidad de su discurso, pero ahora sólo queda... el hacerlo. Se ha empezado, se ha de seguir adelante. Se necesita ayuda; con esa ayuda podrá cumplirse este plan. Plan sugestivo y no menos ilusionado que expongo en lugar nada ajeno a su inquietud (estuvo muy cerca del Instituto Hispano Cubano desde su fundación y muy cerca también de la Expo 92 y de su comisario desde el primer momento), y entre amigos. A todos vosotros, muchas gracias y a esas dos —como don Ramón decía— *liberadoras palabras*: He dicho.

Bernardo Víctor Carande
(Expo 92. Sevilla, 7-10-1988)